



# INTRODUCCIÓN

## EL PROBLEMA DE HABLAR DE EL SALVADOR, CON EL AGRAVANTE DE HACERLO DESDE ARGENTINA

LUCRECIA MOLINARI\*

Hace dos décadas y algunos meses, en el Castillo de Chapultepec del Distrito Federal Mexicano, representantes del gobierno salvadoreño y dirigentes de una de las guerrillas más importantes de Latinoamérica firmaban los Acuerdos de Paz, poniendo fin a una guerra civil que se había extendido más de 10 años (1980-1991) y había cobrado la vida de 80 mil salvadoreños (Naciones Unidas, 1992-1993).

Se cerraba en ese momento una de las etapas más dolorosas de la historia de El Salvador. Se extinguía, también, en muchos países del mundo, el interés por los sucesos de la región centroamericana. El Salvador, al igual que sucedió en el resto de los países centroamericanos que atravesaron conflictos armados, había recibido una cantidad considerable de atención de investigadores y militantes políticos y sociales de otras latitudes, tal como lo muestra la selección de afiches de solidaridad en distintos idiomas que ilustra el presente dossier. En muchas bibliotecas argentinas, por ejemplo, pueden encontrarse libros editados aquí durante la guerra civil salvadoreña, y que son evidencia cabal de este interés y diálogo que concluyó con la guerra.

Es difícil y necesario volver a asomarse a la realidad salvadoreña. Es esto lo que quisimos reflejar al parafrasear, en el título de esta sección, el genial prólogo de Roque Dalton a “Un libro rojo para Lenin” (2001). Ubicado no al inicio del libro, sino varias páginas después, y titulado “El problema de hablar de Lenin en América Latina con el agravante de hacerlo desde un poema (prólogo)”, el texto propone una lectura irreverente del pensador ruso, ácida, alegre, y *desde y para* nuestra propia realidad. Una lectura orientada por nuestros propios problemas y nuestra preocupación por encontrar soluciones.

Consideramos que las discusiones que en Argentina se han desarrollado por décadas alrededor de los procesos más traumáticos por los que atravesamos pueden ser útiles para que los salvadoreños continúen debatiendo su propia historia. A la vez, los argentinos encontraremos perspectivas más amplias para pensar cuestiones que nos preocupan, si dejamos de mirarnos a nosotros mismos y ampliamos la mirada a una América Latina que incluya los países recurrentemente olvidados de la región.

Es objetivo de esta iniciativa colaborar en la construcción de puentes que permitan fortalecer el diálogo entre nuestro país y el pequeño El Salvador, para continuar pensando juntos, enriqueciéndonos de las experiencias, muchas veces dolorosas, que, pese a las diferencias, compartimos.

Valga el recorrido por los interesantes artículos que generosamente han proporcionado los autores -a quienes estamos profundamente agradecidos-, a modo de breve introducción a la historia de los últimos dos siglos salvadoreños.

**Acerca del Dossier:** La primera parte, “La constitución del Estado: debates, actores y relaciones de fuerza”, recorre un largo período que incluye los años que van desde inicios del siglo XIX a las primeras décadas del XX. Los autores enfocan en sus trabajos tres hitos claves de este período: las luchas independentistas de inicios del XIX; el progresivo giro en la orientación del Estado, a una versión liberal, transcurrido durante la segunda mitad del mismo siglo, y finalmente, la

---

\* Becaria Doctoral CONICET/UNTREF.



insurrección de 1932, que se cobró la vida de decenas de miles de salvadoreños y que determinó las principales coordenadas del orden político vigente hasta el inicio de la Guerra Civil.

En primer lugar, el trabajo de *Esteban de Gori*, “De la periferia a la ‘cabeza del reino’. Insurrección autonomista e independencia en San Salvador”, recorre la “travesía política” de las elites dirigentes de la Intendencia de San Salvador durante las primeras décadas del siglo XIX, en busca de su autonomía y autogobierno. A diferencia de otros casos americanos, este conflicto no se dirime a través de una guerra civil ni una guerra independentista; y, en el tensionado escenario político que como resultado de estos procesos se configura, estarán incluidas elites locales, poderes territoriales, mestizos e indígenas.

Avanzando cronológicamente, “El liberalismo político de finales del siglo XIX”, el trabajo de *Roberto Valdés Valle* realiza un lúcido análisis de la transformación del Estado salvadoreño durante la segunda mitad del siglo XIX. En el mismo, discute con aquellas perspectivas que reducen este proceso a la privatización de las tierras comunales y ejidales en 1881-1882. Erigiendo los procesos económicos como los únicos decisivos a la hora de escribir la historia de los pueblos centroamericanos –afirma el autor- estas perspectivas han dado poca importancia al proceso de secularización que comienza –tempranamente, aunque sin éxito- alrededor de 1831, y han asimismo, nulificado o desvirtuado lo trascendente y lo traumático de dicho proceso.

Finalmente, el período es recorrido con una clave distinta por el investigador *Pablo Benítez*. En su artículo “El Salvador, 1932: los cofrades insurrectos. Herencia corporativa colonial en la sociedad salvadoreña”, da cuenta de la incidencia que poseía el fenómeno de las cofradías indígenas ya desde el siglo XVII y lo vincula con el análisis historiográfico de los sucesos de 1932. Aborda así un debate de profunda actualidad: si bien hay, hoy por hoy, entre la comunidad académica salvadoreña, un marcado consenso alrededor del papel de primer orden jugado por las comunidades indígenas en la insurrección de 1932, los desacuerdos surgen cuando se intenta explicar de qué modo estas comunidades se vincularon con las organizaciones comunistas recientemente formadas, y cuál fue la manera en que estos grupos coordinaron la ejecución del plan insurreccional. El autor argumenta que no es el carácter altamente político y organizado de las cofradías lo que está en discusión, sino el tipo y la dimensión de la labor organizativa del Partido Comunista de El Salvador (PCS) en la insurrección. Un cuidadoso análisis de documentos le permite aportar evidencia para discutir con aquellas perspectivas que encuentran en el carácter ateo de las organizaciones comunistas, el principal pilar para suponer una incompatibilidad (y como consecuencia, la imposibilidad del trabajo organizativo de los comunistas) entre las cofradías y el recientemente formado PCS.

La segunda parte del presente dossier, “Los años ‘gloriosos’: modernización, autoritarismo y crisis política”, aborda las décadas que van desde la insurrección de 1932 a los prolegómenos de la Guerra Civil (1980-1981). Esta sección se inicia con el trabajo de *Carlos M. Vilas*, quien realiza un recorrido general del mencionado período.

En su artículo “El camino hacia la revolución y la guerra”, da cuenta de algunas de las consecuencias de la “matanza” de 1932 -como se la conoce popularmente- para detenerse en los aspectos más importantes de dos décadas –sesenta y setenta- que constituyeron, a la vez, un punto de clivaje y el antecedente de la Guerra civil. Analiza los intentos infructuosos -llevados adelante en ese período por los militares en el poder- de implementar tibias reformas económicas y una moderada apertura política, y las limitaciones que impusieron las rigideces de la estructura económica y los grupos oligárquicos. También caracterizan el período, el auge de la movilización sindical (especialmente, en el gremio docente y de empleados públicos) y el surgimiento de organizaciones campesinas. El autor da cuenta finalmente, del papel capital que cumplió la Iglesia en la organización de los sectores campesinos y la nefasta actuación de Estados Unidos en la formación del aparato represivo, especialmente de las



organizaciones paramilitares responsables de ingentes cuotas de violación a los derechos humanos durante la guerra y la década inmediatamente anterior.

El segundo artículo de esta sección, “Una visión general de la guerra de las cien horas” de *Carlos Pérez Pineda*, aborda un evento clave del período: la guerra que enfrentó a Honduras con El Salvador en 1969. Mal denominada “la guerra del fútbol” –en tanto fue precedida por incidentes alrededor de una serie de partidos entre las selecciones de ambos países-, las causas de este episodio se encuentran, en cambio, en problemáticas de primer orden en la historia reciente de estos países. El autor relata cómo, ante la posibilidad de que miles de campesinos salvadoreños instalados en Honduras regresen al país, recurrir a la violencia y el enfrentamiento bélico fue la única salida que, tanto el gobierno militar salvadoreño como sus aliados civiles, vieron viable para evitar una situación que podría conducir al caos político y a la revuelta social.

Los frentes de masas, constituidos entre 1975 y 1979 por dirigentes sindicales y campesinos vinculados a las organizaciones político-militares, son analizados por *Kristina Pirker* en su artículo “Radicalización política y movilización social en El Salvador: Los Frentes de Masas”.

Frente a otras perspectivas que analizan las iniciativas de los dirigentes de las organizaciones político militares y su “trabajo de masas”, Pirker restituye protagonismo a los militantes de la izquierda radical de las organizaciones populares anti-gubernamentales que luego integrarían los frentes de masas. Fueron estos dirigentes, quienes reforzaron las prácticas contestatarias reivindicativas imprimiéndoles una dirección política revolucionaria y funcionaron como “vasos comunicantes” entre las luchas gremiales y la vía armada. Los frentes de masa expresaron, sostiene la autora, nuevas modalidades de organización que permitieron involucrar directamente a las bases en los conflictos sociales y entrelazar las luchas de diferentes sectores para orientarlas hacia la insurrección.

Si los dirigentes sindicales y campesinos tuvieron un papel clave en la conformación de los frentes de masa, la composición de las cúpulas de las organizaciones político militares -surgidas a partir de 1970 y protagónicas desde la segunda mitad de esa década- exige prestar atención a los politizados y comprometidos estudiantes universitarios salvadoreños del período. *Ricardo Antonio Argueta* analiza en su artículo “Los estudiantes de la Universidad Nacional y la lucha armada en El Salvador (1970-1989)” la progresiva radicalización de los jóvenes que ingresaron a la Universidad Nacional de El Salvador (UES) desde mediados de los años sesenta. Fueron algunos de ellos los que, a principios de los setenta, fundaron los primeros grupos armados de izquierda revolucionaria que se opusieron al régimen militar. Tal como afirma el autor, la comunidad universitaria había estado presente en las calles, manifestándose contra los diversos gobiernos militares a lo largo de todo el siglo XX, pero durante las décadas de los setenta y ochenta, esto se profundiza: muchos estudiantes que ingresaron a la Universidad pasaron inmediatamente a engrosar las filas de las guerrillas. El autor recorre además, las sucesivas represalias que la universidad debió sufrir en respuesta a su involucramiento: cierres totales (en 1973 y 1980), supresión de su autonomía e intervención (1977), e inclusive masacres (como la jornada del 30 de julio de 1975).

Es la génesis de las organizaciones político militares -en cuyas cúpulas se encuentran muchos de estos universitarios- el eje del artículo de *Alberto Martín Álvarez*, titulado “Ideología y redes sociales en el surgimiento de violencia colectiva: el caso salvadoreño”. Pese a que existen abundantes estudios sobre la guerra civil, pocos de ellos abordan los procesos de socialización política de los primeros miembros de la guerrilla. A través de la realización de cuarenta entrevistas en profundidad a ex comandantes de las cinco organizaciones que compusieron el FMLN entre otros recursos, el autor desanda el proceso de radicalización de cada uno de ellos. Sostiene que una gran parte de estos primeros militantes mantenían algún tipo de sistema de creencias (por su pertenencia a comunidades religiosas o su entorno familiar) donde los valores de justicia social y solidaridad ocupaban un lugar primordial. La participación en redes juveniles de la Iglesia Católica, partidos políticos, redes



estudiantiles, sindicales y familiares profundizó estas ideas y los puso en contacto con sistemas de creencias más estructuradas (como el marxismo - leninismo y el pensamiento del “Che” Guevara).

Finalmente, *Edelberto Torres Rivas* recorre el período enfatizando en las profundas crisis y reformulaciones que sufre el Estado. Ahonda en su artículo en dichos virajes, dando cuenta de los cambios en los términos de la relación entre oligarquía y militares, usualmente simplificada en fórmulas que no reconocen en los segundos más que a títeres o lacayos de los primeros. Es este trabajo, un excelente *racconto* del período que finaliza en 1981, cuando la ofensiva del FMLN - calificada por dicha organización como “final”- marca en cambio el inicio de la guerra civil, que será abordada específicamente en la cuarta parte.

Antes de esto, es decir, en la tercer sección de este dossier titulada “Desgarramientos: los intelectuales y la política”, se analizan las figuras de Roque Dalton (1935-1975), poeta, periodista, militante e intelectual de izquierda, y de Ignacio Ellacuría (1930-1989), filósofo, sacerdote jesuita y rector -desde 1979 hasta su asesinato- de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”. El compromiso con la realidad de las mayorías salvadoreñas y sus agudas críticas al *statu quo* y a las vías para modificarlo, siguen siendo claves en la constitución del pensamiento crítico salvadoreño. Fueron esas mismas razones las que condujeron al asesinato de ambos. No en vano, Dalton –quien no concebía la función intelectual si no como expresión de un profundo compromiso social- describe a la relación entre lo que un intelectual escribe y lo que vive, como un “desgarramiento” (Dalton *et alii*, 1969).

Las trayectorias de Ellacuría y Dalton ilustran, además, dos figuras de las que artículos precedentes darán cuenta: la de los curas y sacerdotes adherentes a la teología de la liberación y la de los jóvenes de clase media que, en contacto con la injusticia y la miseria de su pueblo, se radicalizan y pasan a integrar las filas revolucionarias.

Estudiante de derecho de la UES, militante del Partido Comunista de El Salvador desde 1954, referente de la renovación literaria reflejada en lo que se dio en llamar la “generación comprometida”, exiliado en México, invitado a Cuba y Checoslovaquia, Roque Dalton fue además ganador del Premio “Casa de las Américas” en 1969 e integrante del Ejército Revolucionario del Pueblo (desde 1973 hasta su muerte). Es este último período de su vida, precedido por la ruptura con el PCS, el que aborda *Luis Alvarenga* en su artículo “La crítica de Roque Dalton a las vanguardias políticas tradicionales. Relectura de *¿Revolución en la revolución? y la crítica de derecha*”. Constituye además, según el autor, el momento en que el poeta salvadoreño comienza sus más agudas críticas a las vanguardias “tradicionales”, tanto literarias como políticas. De la crítica a estas últimas da cuenta el artículo, que propone una relectura de uno de los textos no literarios más ricos de Dalton.

*David Gómez Arredondo*, por su parte, es el autor de “Ignacio Ellacuría: breve aproximación a las tres dimensiones de su pensamiento”. Ignacio Ellacuría no sólo constituye uno de los pensadores más importantes de la teología de la liberación en América Latina, sino que además su compromiso político de primer orden con la realidad salvadoreña, impactó dejando una huella en la escena política salvadoreña y determinó su asesinato en 1989, a manos del ejército. El autor aborda las principales dimensiones de su pensamiento, caracterizado además por una constante reflexión sobre el lugar de construcción de su discurso teórico, América Latina y el Tercer Mundo o, en su propia terminología, desde los “pueblos oprimidos” representados en el sufrimiento y la postración de las mayorías populares en el marco de un sistema internacional expoliador. Estas dimensiones las constituyen la exigencia de liberación ante la injusticia y el cuestionamiento de un orden social injusto, la categoría de injusticia estructural, y la función “desenmascaradora” que el filósofo atribuía a la crítica filosófica.

La cuarta sección del presente dossier se titula “¿Tiempos de locura?: la guerra civil y sus actores” y busca dar cuenta no sólo del cruento proceso donde alrededor de 75.000 salvadoreños perdieron la vida, sino también de los diversos actores implicados en su génesis, desarrollo y auge.



Parafraseando el Informe de la ONU (1992), titulado *De la locura a la esperanza: la guerra de 12 años en El Salvador*, el artículo que integra esta sección busca dar cuenta de una perspectiva que no apele a la locura, la irracionalidad, y explicate, en cambio, las lógicas, las razones y los recorridos que atravesaron la guerra y le dieron forma.

En ese sentido, el artículo de *Carmen Elena Villacorta*, “El FMLN y el movimiento popular durante la guerra”, enfatiza no sólo en la estrategia de la insurgencia durante los ochenta, sino también en la participación de Estados Unidos durante dicha década, y la mutación de ambos actores para dar cabida a los procesos que llevaron a la firma de los Acuerdos de Paz en 1992. En lo que respecta a la injerencia norteamericana, afirma la autora, la llegada de R. Reagan a la Casa Blanca supuso un giro trascendental en la evolución de la guerra civil, convirtiendo al pequeño país centroamericano en uno de los cinco principales receptores de “ayuda” económica norteamericana, y en el escenario donde se puso a prueba la Guerra de Baja Intensidad. Por su parte, el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional, organización político militar conformada por las cinco guerrillas del país, implementó una estrategia que le permitió resistir la embestida del ejército -demostrando su poder de fuego-, alentar la organización social, mantener los nexos con el movimiento popular y abrir canales políticos que legitimaran su accionar militar y los posicionaran favorablemente en eventuales mesas de diálogo con el gobierno. Es interesante, finalmente, resaltar la paradoja de la cual da cuenta Villacorta en su artículo: no fue si no en paralelo a este cruento y complejo proceso que se dio el afianzamiento de la democracia electoral que funciona hasta la fecha en El Salvador.

De los déficits de esta democracia nos habla *Rafael Guido Véjar* en su artículo “Los acuerdos de paz: ¿refundación de la república?”, el cual abre la quinta y última sección, “El día después: Estado, grupos económicos y militancia después de la guerra”. Véjar se pregunta sobre la pertinencia de hablar de la “refundación de la república”, en referencia a los cambios motorizados por la firma de los Acuerdos de Paz y el fin de la Guerra Civil, a 20 años de su acaecimiento. Luego de un minucioso recuento de las acciones que llevaron a la firma de los acuerdos, el autor describe un país con grandes avances y dolorosos déficits, entre los que se destacan los índices de violencia, los límites de la justicia y la débil vigencia de los derechos sociales. Reinstala así la discusión alrededor de lo que falta, lo que urge y los desafíos de una república que “todavía se debate entre lo posible y lo deseado”.

Uno de estos déficits, desafío que la sociedad salvadoreña no ha superado en toda su vida republicana, es la vigencia de una abismal desigualdad que impacta en lo económico, lo político y lo social. En ese sentido, *Carlos Velásquez Carrillo* analiza la historia detrás del mito de las “14 familias”. Dueñas de los recursos económicos y poseedoras de enormes cuotas de poder político durante un siglo (entre 1880 y 1980), esta elite –considerada la oligarquía salvadoreña- ha logrado reconstituirse, reemplazando la tradición agraria-cafetalera en favor de un modelo neoliberal basado en las finanzas y los servicios. Los virajes que permitió la increíble capacidad de adaptación de este grupo, han ido de la mano de atroces continuidades: el ejercicio de su poder continua implicando una visión excluyente del desarrollo económico, una concentración de la riqueza en pocas manos y la reproducción de un sistema socioeconómico basado en desigualdad e injusticia estructurales.

Tras estas continuidades, existen fenómenos propios de las dos últimas décadas. Uno de ellos es la presencia, en el escenario político, de dos partidos políticos que nacieron de las fuerzas locales más gravitantes de la Guerra Civil. Estas fuerzas eran la extrema derecha, representada actualmente por la Alianza Republicana Nacionalista (ARENA) que ha gobernado el país desde 1989 hasta 2009, y la izquierda revolucionaria, hoy organizada como partido político y que conserva el nombre Frente Farabundo de Liberación Nacional (FMLN). En su artículo “La memoria militante: historia y política en la posguerra salvadoreña”, el investigador *Ralph Sprenkels* examina cómo ambas fracciones construyen narrativas mitologizadas de sus respectivos líderes históricos; narrativas en las que se incluye una “memoria militante”, más cercana en sus objetivos a la “propaganda” que a la historia, lo



que obstaculiza, según el autor, la construcción de espacios académicos y políticos donde construir otras versiones de la guerra civil salvadoreña.

Los festejos por el 20° aniversario de la firma de los Acuerdos de Paz encuentran a El Salvador con un presidente, Mauricio Funes, que representa un viraje histórico: en 2009 por primera vez, se dio la primera transferencia pacífica del poder a un partido de izquierda en ciento ochenta y ocho años de historia de El Salvador.<sup>1</sup>

Es *Paul Almeida*, autor de “Movimientos populares y elecciones en El Salvador, 1990-2009”, quien destaca este dato, para detallar las razones por las cuales considera que este suceso histórico, impensable hasta hace pocos años atrás, haya sido posible. Entre esas razones, Almeida destaca la alianza que el FMLN supo forjar –en los noventa y principios de la década siguiente– con los movimientos populares salvadoreños. Fueron estos últimos los que dieron forma a una enorme red de asociaciones cívicas desde la cual lanzaron las huelgas más importantes en la historia salvadoreña y “uno de los esfuerzos más largos de resistencia en contra de la privatización en Latinoamérica”. El FMLN supo acompañar estos esfuerzos y capitalizar votos que fueron aumentando en sucesivos comicios de distinto nivel, hasta llegar a la victoria en las elecciones presidenciales de 2009. Los desafíos a los cuales el presidente salvadoreño Mauricio Funes se enfrenta hoy, entre los que se cuentan las protestas por cuestiones relativas a la minería, especialmente en los departamentos norteros, demuestran que esa alianza no está garantizada y que ni las acciones del Frente durante y después de la guerra, ni la imagen de su joven líder, son suficientes para asegurar su permanencia en el poder.

---

<sup>1</sup> Véase el Cuadro “Presidentes de El Salvador desde 1927 a la actualidad” expuesto arriba.



### **Bibliografía citada**

Dalton, Roque (2001) *Un libro rojo para Lenin*, UCA Editores, San Salvador.

Dalton, Roque, *et al.* (1969), *El intelectual y la sociedad*, Siglo XXI, México.

Naciones Unidas (1992) *De la locura a la esperanza: la guerra de 12 años en El Salvador*, Naciones Unidas, El Salvador.